

dualismo de Hohenzollern-Lorena en el polo, ó mejor dicho, en los dos polos opuestos al rededor de los cuales debía desarrollarse en lo sucesivo la historia alemana. La Prusia así creada por el Federico guerrero, se consolidó por el Federico político, que introdujo en las leyes y en la administración de su país el espíritu moderno, en cuanto podía aplicarse, dada la política del Estado. Que todo estuviese sometido á las órdenes superiores, y que Federico, aunque dijera formal y sinceramente: «No soy más que el primer servidor del Estado,» considerase como su real derecho disponer sin reserva de la sangre y de los bienes de sus propios súbditos, esto era cosa que ya estaba en la esencia del despotismo ilustrado, así como en la minoría efectiva de los pueblos. Estos debían ser gobernados militarmente para progresar, y era preciso que un rey fuese el primero en decir: «¡En mis Estados cada cual puede ser feliz á su modo!» para que se comprendiera el gran pensamiento de la tolerancia religiosa, tanto tiempo combatido y condenado por el catolicismo y el protestantismo. En sus laudables esfuerzos para proteger la economía popular, el gran rey, celoso partidario del «sistema mercantil,» incurrió, y no podía ménos de incurrir, en grandes errores, pues el «Evangelio del trabajo,» que por cierto no labró la felicidad, ni siquiera aisladamente, si bien abrió el camino al «sistema industrial,» el libro titulado la *Riqueza de las naciones*, de Adam Smith, no se publicó hasta 1776, cuando el anciano Federico tenía ya demasiada edad para estudiar, ni ménos proponerse establecer nuevos principios de economía política. En lo que más fecundos llegaron á ser sus esfuerzos fué en el mejoramiento de las condiciones de los labradores, pero puede decirse que hasta despues de la catástrofe de Jena y de las grandes reformas ideadas y planteadas por Stein no prosperó verdaderamente en Prusia una clase libre de labradores. El edicto de Federico de 1764 fué la base de esta mejora, pues allanó el camino que debía conducir á la completa abolición de la servidumbre. Y el rey no se desviaba ni un momento de la línea que se había trazado, ántes bien avanzaba resueltamente, protegiendo y fomentando la actividad agrícola. Nada podría referirse del gran Federico tan humano y loable, sino recordar cómo el anciano rey, atormentado por los disgustos y los achaques, siempre modelo, y poseído del sentimiento de su deber, sin abandonar sus trabajos de rey hasta el postrer aliento, iba aún en los últimos días de su existencia á visitar las factorías y pueblos fundados por él, para ver por sus propios ojos si se habían cumplido sus órdenes y disfrutaban de bienestar los colonos.

Lo mismo en esto que en otras cosas, sirvió de modelo á su imitador y rival José II, que emprendió la gigantesca obra de modernizar el Austria, digámoslo así, y pereció en la demanda, porque quiso hacer demasiado ó todo de una vez, y porque en tan grandiosa obra quiso guiarse por el corazón más bien que por la cabeza, creyendo á los hombres y los pueblos mucho más inteligentes de lo que son. Jamás animaron el corazón de un príncipe voluntad más sincera ni espíritu más leal. El pensamiento fundamental de su política interior, el de que Austria se debía centralizar y germanizarse para consolidar su gobierno, era exacto; pero la ejecución quedaba en todas partes muy atrás del proyecto, por las razones ántes expuestas, y también porque nadie estaba preparado en Austria para ello, careciendo por consiguiente el emperador de los empleados y del ejército que Federico Guillermo I había sabido organizar para su hijo en el seno de la nación. A pesar de esto, las reformas de José, atendida la diferencia de los tiempos, fueron incontestablemente de lo mejor que había hecho un gobierno austriaco. A decir

verdad, en todas las obras del noble emperador advertíase el vicio del «despotismo ilustrado,» de generalizar y uniformarlo todo sin tener en cuenta las individualidades de las personas y de los pueblos. Sin embargo, el haberse introducido en Austria la libertad del pensamiento, de la palabra y de la prensa (*Edicto sobre la censura*, 1781); la igualdad política de protestantes y católicos (*Edicto sobre la tolerancia*, 1781); la abolición de la servidumbre; la obligación de todos los ciudadanos de contribuir á los gastos del Estado (*Edicto sobre los impuestos*, 1789); el Código civil y criminal que estableció la igualdad ante la ley (*Código civil*, 1786; *Código penal*, 1787); la supresión de 700 monasterios, que eran focos del fanatismo y del ocio; la creación de escuelas públicas; y la fundación y dotación de institutos de toda clase, científicos y humanitarios, son otras tantas obras que figuran entre las más útiles y beneficiosas del siglo, y su autor, José, ha ocupado por eso para siempre el primer lugar entre los héroes de la civilización alemana. De este lugar eminente no le desalojaron nunca sus tres enemigos capitales, la estupidez del pueblo, el orgullo de la aristocracia y el carácter dominante del clero. Las almas serviles juzgan sólo por el buen ó mal éxito, pero las liberales saben distinguir entre el mérito y la fortuna. Así será querida la memoria del desgraciado emperador, particularmente porque, en grato contraste con el inventor afrancesado de la *nación prusiana*, declaró altamente que se enorgullecía de ser alemán (carta de José á Dalberg, del 18 de julio de 1787). Y no dejó de tener importancia que el emperador adoptase para todos, en el lenguaje hablado y escrito, el trato cortés de «usted» en vez del grosero «él ó tú,» porque así desaprobaba marcadamente la brutalidad con que las llamadas clases superiores trataban á las inferiores. Hasta los últimos años del siglo, los criados y criadas eran llamados con los apelativos más groseros, uniéndose á esto una increíble dureza en el trato. En el ejercicio, los oficiales pegaban á los pobres soldados hasta estropearlos; los grandes señores procedían lo mismo con sus lacayos, haciéndoles saltar á veces los ojos y los dientes; y las damas nobles arrancaban á sus camareras puñados de cabello, cuando no un pedazo de oreja. En el trato oficial predominaba también el tono ultrajante usado en las representaciones de los payasos, habiendo llegado á distinguirse sobre todo los funcionarios austriacos, bávaros y wurtembergueses por su destreza en manejar el bastón. En fin, como la prueba más elocuente se puede citar el siguiente breve discurso pronunciado en un consistorio de Wurtemberg para reprender á uno de sus individuos. «¡Rector de Leonbronn! ¡Ya vuelve otra vez ante el consistorio ducal, torpe zopenco, camarada ridículo, encarnación del vicio, vicioso 26 años, ignorante de nacimiento, imbécil, espita borracha, barril de aguardiente, tonel de cerveza, sentina del pecado! Sepa que esta es la última vez que nos vemos. A la más pequeña falta será despedido sin misericordia; ya lo ha merecido dos veces, pero el muy Ilustre Colegio ha antepuesto la clemencia á la justicia ¿entiende?, mandando que se le dirija una buena reprensión, lo cual queda hecho con la presente..... Ahora *diximus et salvavimus*. Stuttgart, 26 de setiembre de 1759. Fromman, consejero consistorial.»

Las excitaciones y disposiciones emanadas primeramente de María Teresa, y despues de Federico y José, para fomentar la agricultura, redundaron en beneficio de todas las regiones de Alemania, pues en todas partes los príncipes reconocían la necesidad de hacer que el suelo fuese más fecundo y productivo. No obstante, pasaron setenta años de aquel siglo ántes que



MINUÉ



A CLAES X. STUTTGART.

FEDERICO II DE PRUSIA

los labradores adoptaran un método más racional para el cultivo de la tierra: se plantó la patata, generalizóse el cultivo del trébol, é introdujóse el del maíz; los cortijos demasiado extensos se dividieron, haciéndose la distribución de los bienes comunales poco fructuosos; se mejoró el